vinetur

La Universidad Estatal de Oregón probará nuevas uvas resistentes al oídio en su viñedo experimental

La selección prioriza calidad de vino para reducir tratamientos en viñedos ecológicos de manejo reducido

sábado 10 de octubre de 2026



La Universidad Estatal de Oregón prevé iniciar en la primavera de 2027 nuevas plantaciones experimentales en su viñedo Woodhall, en Monroe, con variedades de uva para vino seleccionadas por su calidad enológica y por su resistencia al oídio. La

universidad también espera recibir más material vegetal en 2028 para ampliar esos ensayos.

La iniciativa fue presentada este viernes, 9 de octubre, por Patty Skinkis, profesora y especialista en viticultura del servicio de extensión de la universidad, al informar sobre las líneas de trabajo que prepara el centro. El anuncio se produjo después de una jornada de puertas abiertas celebrada el 1 de septiembre, en la que profesionales del viñedo pudieron recorrer parcelas de ensayo y analizar con el equipo investigador cómo influyen los portainjertos, las variedades y distintas prácticas de cultivo en el crecimiento de la vid, el estrés hídrico, la producción y la composición de la uva.

Skinkis explica que las nuevas variedades son materiales obtenidos mediante mejora genética para reunir rasgos de interés en el vino con resistencia a enfermedades o a factores ambientales. El trabajo, añade, surgió tras varias consultas de viticultores de Oregón interesados en uvas con mayor resistencia sanitaria. A partir de esas preguntas, la investigadora contactó con especialistas de distintos puntos de Estados Unidos que ya habían trabajado con estos materiales y reunió una primera lista de unas 40 variedades con buenas perspectivas tanto por calidad de vino como por comportamiento frente al oídio.

Después, la selección se redujo teniendo en cuenta el clima de Oregón, la disponibilidad en vivero y los requisitos de cuarentena. Las plantaciones previstas en Woodhall incluirán variedades tintas y blancas. La universidad señala que estos ensayos complementarán tanto las investigaciones que lleva años desarrollando en ese viñedo como otras pruebas con variedades mejoradas que ya se realizan en el Southern Oregon Research and Extension Center, en el condado de Jackson.

El interés de la industria por este tipo de materiales tiene una explicación práctica. El oídio obliga con frecuencia a repetir tratamientos fungicidas, y eso pesa más en explotaciones que buscan trabajar con menos insumos, como las ecológicas, las biodinámicas u otras de manejo reducido. Si las nuevas variedades mantienen una buena calidad en copa y, al mismo tiempo, rebajan la presión de tratamientos, el sector del vino podría disponer de una vía para contener costes de producción y reducir parte de la carga química del viñedo sin renunciar al perfil enológico que reclama el

mercado.

“Queremos las que den buena calidad de vino, pero tengan más resistencia a enfermedades”, afirma Skinkis. La profesora resume así el criterio con el que se están eligiendo los materiales para la siguiente fase del programa.

Buena parte de la jornada técnica giró en torno a otro proyecto de largo recorrido: un ensayo de portainjertos de pinot noir plantado en 1997 en Woodhall. Un portainjerto es la parte inferior de la cepa, incluidas las raíces, sobre la que se injerta la variedad de interés. Ese componente puede modificar el vigor de la planta, su respuesta a la sequía, la absorción de nutrientes y el rendimiento.

En Woodhall se comparan cepas injertadas sobre numerosos portainjertos con otras plantadas sobre sus propias raíces. La universidad explica que la recogida intensiva de datos se había interrumpido tras la salida del investigador que inició el proyecto, aunque el viñedo siguió en manejo. Skinkis reactivó el trabajo después de que los productores de uva para vino de Oregón situaran los portainjertos entre sus prioridades de investigación en 2018. La toma de datos se retomó en 2019 y se amplió en 2020.

Las vides tienen ahora unos 29 años y llevan al menos 19 sin riego regular. Esa situación permite analizar cómo responden portainjertos ya establecidos en condiciones de secano. El equipo mide pesos de poda, desarrollo del dosel vegetal, rendimiento, número y peso de racimos, número de bayas, química de la fruta y niveles de nitrógeno tanto en la planta como en la uva.

Durante la visita, Skinkis mostró diferencias visibles entre unas filas y otras. Los portainjertos 5BB y 1103 generaron algunos de los doseles más grandes y, al mismo tiempo, presentaron comparativamente poco estrés hídrico. Ese resultado contradice la idea de que un mayor desarrollo vegetativo implica necesariamente más falta de agua. “Crecen mucho porque no están estresadas”, sostiene la investigadora.

Ese mayor vigor también tiene contrapartidas. Skinkis apunta que el 5BB puede alcanzar tal empuje vegetativo que, en determinadas condiciones, perjudique el cuajado. En el extremo opuesto, Riparia Gloire produce en Woodhall plantas más pequeñas, pero aun así muestra bastante estrés hídrico. Otro portainjerto, 4453, se ha

mantenido entre las opciones de menor vigor a lo largo del proyecto. Mientras, 125AA figura en la parte alta en peso de poda, tamaño de la cepa y rendimiento.

La línea de trabajo no se limita al tamaño de la planta o a la producción. El equipo también está analizando cómo influyen los portainjertos en el potasio, la acidez, el pH y el nitrógeno, parámetros que pueden modificar la composición de la uva y del vino. La universidad considera que estas preguntas ganan importancia cuando los viticultores trabajan con poco o ningún riego o cuando tratan de reducir otros insumos del viñedo. La idea, dice Skinkis, no es elegir sin más un portainjerto muy vigoroso o poco vigoroso, sino ajustar cada combinación al lugar para depender menos de aportes externos.

La jornada incluyó además una visita a un ensayo de poda de pinot noir diseñado a partir de preguntas planteadas por productores sobre la respuesta de la vid a distintos niveles de intervención. El estudio compara la poda convencional en vara con espuertas largas, espuertas cortas de una yema y manejo mínimo o sin poda. También incorpora dos distancias de plantación para observar cómo interactúan la poda y el marco de cultivo.

Skinkis estableció esos tratamientos el 19 de marzo, cerca de la brotación. Su previsión inicial era que las cepas sin podar brotaran más tarde, pero ocurrió lo contrario: empezaron a empujar yemas antes. Con el avance de la campaña, las vides con poda mínima desarrollaron doseles densos y llevaron una carga de cosecha más alta. También empezaron a amarillear y dejaron de alargar los pámpanos antes, algo que la investigadora relaciona con la mayor demanda de recursos que supone una cosecha abundante.

En este ensayo se mantuvo el programa habitual de tratamientos, pero se redujeron otras labores cuando fue posible. No se hizo desniete de brotes salvo en la poda convencional en vara, y se aplicaron de forma limitada operaciones de colocación de brotes y despunte para mantener el viñedo manejable.

Una de las cuestiones que sigue abierta es qué hacer en 2027 con las cepas sometidas a poda mínima. Skinkis valora si devolverlas a un manejo convencional para comprobar con qué facilidad pueden reconducirse o si conviene mantener el tratamiento una campaña más. La pregunta de fondo, señala, es si la poda mínima es un problema

sobre todo por el desorden que genera en la parcela o si tiene efectos más duraderos sobre el comportamiento de la planta.

Entre los asistentes estaba Becky Schiefelbein, viticultora de Ackley Brands, que gestiona dos viñedos en Oregón. Durante el recorrido consultó al equipo sobre riego, combinaciones entre portainjertos y variedades y la posible respuesta de esas elecciones en futuras condiciones de cultivo. Schiefelbein explica que sigue las jornadas, reuniones y puertas abiertas de la universidad para ampliar su formación en viticultura.

Ese intercambio, a pie de viña, forma parte del objetivo de Woodhall. La universidad quiere que los profesionales no conozcan la investigación solo a través de datos o presentaciones, sino también viendo las parcelas, comparando tratamientos y planteando preguntas ligadas a lo que ocurre en explotaciones comerciales.

Las nuevas plantaciones de variedades mejoradas trasladarán ese mismo enfoque a otra decisión de peso para el sector: comprobar si uvas seleccionadas por su resistencia a enfermedades pueden responder a las exigencias de calidad de los productores de Oregón. Cuando esas vides entren en producción y den fruta suficiente para vinificación, Skinkis prevé pasar a una fase más próxima al mercado. “Será interesante hacer las catas”, afirma. “Pero eso lleva tiempo”.